

★ **MORRIS WEST: HIJA DEL SILENCIO.**
Santiago de Chile, Editorial del Nuevo
Extremo, 1962, 328 p.

MORRIS WEST es uno de esos novelistas a quienes se le perdona gustosamente su popularidad, pues, junto a las virtudes menores que se supone, deben prodizarse para conseguirla, exhibe otras menos condescendientes para obtener finalmente un resultado de innegable honestidad y coherencia. La novela es de aquellas que se leen con un interés sin pausas: el autor asina su esmero en el sentido, y es fácil prever que obtendrá el mismo éxito que con *El abogado del diablo*, *El caso Orcaena* y *La segunda victoria*. Conduce la acción con la eficacia de un buen folletínista, los móviles se van explicitando en la medida exacta, los sucesos se escalonan en una progresión dramática agarramente dosificada, los personajes aparecen perfectamente caracterizados, y cuando reaparecen, lo hacen siempre para agregar algo, para revelar aspectos psicológicamente verosímiles: en medio de ellos, inmersos en su atmósfera, escuchamos, perfectamente ensambladas en la acción, las consideraciones casi siempre inteligentes del autor. La novela está centrada en un proceso judicial. Una mujer asesina a un ex guerrillero, por cuya decisión, 16 años antes, murió ajusticiada la madre de la matadora. El conflicto entre la justicia legal y su condicionable validez humana, así como la incidencia de circunstancias síquicas especiales, enriquecen un proceso vivamente planteado, proclive al melodrama, pero meritorio siempre en una lógica argumental irrefutable. Y el autor sabe además entablar con singular habilidad la circunstancia judicial con el problema sentimental de los personajes del drama; toda una teoría del amor, en ese borde en donde la corrupción acecha insidiosamente toda desviación de la inclinación amorosa, va siendo expuesta con elocuencia nitidez en la acción y en la expresión de dichos personajes. Y no necesita el autor recurrir a procedimientos o facturas refinadas, sino que maneja un lenguaje de transparente sinceridad, al modo clásico de la novela psicológica, aunque imbuido de esa especial emoción, o íntima intranquilidad, que conmueve y corroe la conducta, y la especulación correspondiente, en los días que vivimos.

W.L.

★ **ANGES WILSON: DESPUES DE LA CICUTA.** Buenos Aires, Fabril Editora, 266, 252 p.

El tema: un viejo novelista, humanista de delicada y sutil compleción espiritual, establece, al recibir la ayuda del Estado, un refugio para jóvenes escritoras. Muere, al final, de un ataque al corazón, luego de pa-

decer (Sócrates, de nuevo, tomando la cita) la conveniente resección de algunas de sus relaciones. Su neurótica esposa, su rival, Carré, agenciera de amores, y un grupo de personajes entre intelectuales y tilingos, conversan y desfilan en profusión a la larga del relato, vigilados constantemente por la minuciosa atención del autor de la novela, un perspicaz, si los hay, que nos deja muchas veces fuera de su penetración, no tanto —si se la absorbe en pequeñas dosis— por aguda, como por persistente, por indeclinable; y por estar plagada, además, de alusiones a circunstancias locales que nos resultan casi siempre indeseables. La lectura se hace así difícil. Las frases están contruidas sobre una combinación generalmente inusual de consideraciones psicológicas. Dice, por ejemplo —y tomo una al azar, entre las más transparentes—: *Se metaban del aspecto "romanticón" de su intimidad, pero para Elizabeth, por cierto, la burla era sólo una autoprotección contra un acceso de amor tan profundo que hasta lo temía.* El "procedimiento" —que en realidad no es tal, desde que se reabsorbe sin residuo en el estilo del autor— se repite en todas y cada una de las frases. La novela requiere además un lector inglés, y no de los menos entrenados. Los sucesos apenas se entrevén a través de diálogos, de observaciones colaterales, de intenciones y de contraintenciones que el autor prodiga en un alarde refinado —y al parecer conatural— de barroquismo mental. Nos quedamos sin entender muchas cosas, circunstancias que no exoneraría de aventurar esta nota crítica si no supiera que otros críticos de Norte y Sud América, han confesado parecido desconcierto. Puede admitirse, sin embargo, la singular maestría del autor, la renovada figura de sus análisis, la increíble riqueza de motivaciones y de modos de revelarlas con que atiborra cada una de sus páginas, el refinamiento, ya en el límite de lo irreconocible, de su sátira, su agudo conocimiento del alma humana, de sus maneras de tergiversarse, de corromperse y de relacionarse solapadamente con el prójimo. El humor, la amargura, la angustia, el desaliento radical, aparecen en medio de situaciones cuya autenticidad reconocemos, apenas, en planos que no suelen transitarse. Aún para quienes se reconocen incapaces de resumir la novela en su trayectoria total, la experiencia habrá de resultar por momentos apasionante. Tal vez no quiera serlo sino "por momentos". Tal vez no pretenda subordinarse demasiado a un proceso unitario. Y aunque una intención general preside evidentemente la novela, nos resulta más interesante la peculiar riqueza de recursos con que se va desgranando la intención.

W.L.